

acto, hágolo con la turbación natural de quien antes que todo reconoce su absoluta carencia de aptitudes para el caso."

Otros tosen y discurren: "No pudo ser encomendado en peores manos el encargo de dirigiros la palabra en nombre del centro recreativo de... *Peor es nada*, pongamos por caso."

Y, maldita tentación de la ironía! Al escuchar tan humildes protestas en boca de tantos pavos de la verba donosa, parece que me hicieran cosquillas con una pluma en la nariz. ¡Una gana de estornudar! Porque ya me parece ver al orador la víspera de la disertación, reunir la familia para espetarle el chaparrón del discurso. Y me parece oír la voz de Juliancillo, un chico de la casa, interrumpir la pieza para proclamar con voz chillona: "Pero papá, si deveras no sirves para eso, ¿por qué no lo dejas? Que encarguen a un señor diputado del asunto."

Y me parece que siento los cuatro alfilerazos de las dos miradas iracundas del padre y de la madre, cayendo sobre la lengüilla encantadora del bebé. Miradas que traducidas sin necesidad de atrevimiento ni de diccionario, suelen decir: Pero no entiendes, angelito, que es una forma *consagrada por el uso*, para dar principio a los discursos?

¡Otra vez no! Que si he venido aquí rompiendo cántaros de risa, es porque he considerado que acaso no defraudaré las amables intenciones de los jóvenes amigos que han querido escuchar mi habla jovial.

¿Que ella es incorrecta?

Díganlo después los críticos del garboso decir que aquí se cuecen a peroladas.

¿Que es insustancial?

Anótenlo en sus carnets los irreprochables pensadores que no desabrochan así no más un solo botón de su levita por miedo a ese demonio de la frivolidad que quiere tentarlos a toda hora.

Yo sé de inteligencias que a fuerza de empinarse para mirar por encima del hombro a los demás, han terminado por quedarse tiesas de la nuca. Las tales ya no comprenden nada que no pueda clasificarse entre las *obras consistentes y perdurables*.

¿Conocéis la marca? La llevan invariablemente esos pesados mamotretos que

nadie ha visto y que duermen largos sueños de olvido sin ensueños de amor.

¿Qué cosa hay más delicada y fugitiva que una sonrisa? Y nada tan inmortal como ella en el semblante de la vida.

De mí se decir que prefiero a todos los juicios de la Alta Filosofía y de la Docta Retórica, un par de guiños frescos—como dos pudreorejas entreabiertas—de un par de ojazos iluminados por el rayo de sol de una sonrisa.

Y entro en materia.

\* \* \*

Como si hubiera caído un blanco telón de ingenuidad ante vosotros, mirad reproducirse en él los cuadros ingenuos y sonrientes que de mis viejos recuerdos literarios extraigo para regalo vuestro.

Sí, para vuestro regalo.

Presuntuosa y audaz parece la sentencia. Pues no la creáis así. Es que yo digo las cosas tal como las he pensado. Y esa misma campechana jactancia que os ha hecho sonreír, está escrita en el corazón de las palabras un tanto embusterillas de los que os dicen con vergonzantes humildades: "No os quiero fatigar más con esta insulsa y desgarrada perorata".

Sabed ante todo que en estos momentos me detengo en la cumbre de los treinta y seis años. Sintiendo la joyante plenitud de la vida y la vigorosa pleamar del pensamiento, me vuelvo para mirar por la llanura antes de emprender el tramonto. He deseado ver qué cosas quedan de mi paso, en el camino empedrado de luchas y de satisfacciones; y sólo he distinguido allá de largo en largo—brillando como luciérnagas en noche de temporal—las sonrisas que alegraron fugazmente el paso de las horas.

Nada otra cosa se distingue en la tortuosa vía.

Lo cual me ha hecho concebir un orden de filosofía de natural simplicidad, de lozano empirismo, que se condensa en esta fórmula.

*¡La única felicidad es la sonrisa!*

No es esto un reniego de las antiguas luchas.

Queden bien, allá donde quedaren, los iracundos gestos de batalla, sobre los cua-